

ALFONSO ZAWADZKY

PRESBITERO

De la Academia Nacional de Historia y
del Centro Valenciano de Historia.

*La Batalla
de Pichincha*

1822-1922

LINOTIPO DE "RELATOR"—CALI

CONFERENCIA

*leída en la sesión solemne de
la Sociedad Rivera-Garrido
de Buga, celebrada el 24 de
mayo de 1922.*

La Batalla de Pichincha

A las sombras de la noche del 7 de abril de 1822, tras recia, sangrienta y despiadada lucha de impávidos contendores, se decidió la memorable Batalla de Bomboná o Cariaco, hecho de armas que desde el punto de la técnica militar pudo merecer censura por los críticos, pero que como demostración de corajudo y fervido amor a la causa de una libertad política, constituye una gloria del derecho y fue un coeficiente decisivo para la realización del vasto plan militar del Gran Libertador que desde Carabobo traía en gestación el ideal que nació erguido en Ayacucho.

La situación de las armas de don Basilio García, pasada la sangrienta acción, no era halagadora, y si él como hábil estratega quiso envolver a Bolívar, éste con su genial mirada ya se había orientado para no caer en la emboscada; supo pisar en firme y también hizo comprender al bravo jefe español, la preparación insurgente, hasta conducir a la memorable capitulación de Pasto. La acción de Cariaco tuvo como inmediato resultado la interceptación de comunicaciones con las fuerzas realistas que combatían al otro lado del Galeras y el Chimborazo, situación que embarazó los planes de don Basilio, y si bien Sucre ignoraba lo acaecido a Bolívar, y éste no conocía el movimiento de las milicias de aquí, todo contribuyó eficaz y oportunamente a llevar la causa americana al punto certero de la derrota de la bandera española.

Vamos en esta desgarrada conferencia a exponer algo de la Batalla de Pichincha. Estos temas tan manoseados y tan sabidos de memoria, ofrecen al expositor la insuperable dificultad de lo añejo, diríase, de poder decir eso sabido de todos en

un lenguaje de formas remozadas, no en cuanto a la factura literaria, sino en lo tocante a documentos de crítica histórica no conocidos.

I

Para no seguir el viejo camino trillado de relatos, os presento el estudio de la Batalla de Pichincha, no en la desnuda relación del movimiento de las tropas contendoras, de las intenciones de flaqueo y de los nombres de los caídos al pie de las trincheras.

Volvamos a abrir las olvidadas páginas de la geografía, para recordar la cimera atrevida y desafiadora del volcán cuyo nombre bautizó la famosa jornada que glorificó la espada del ínclito Sucre. Luégo echemos una mirada rápida a los soldados que pelearon el 7 de abril en Cariaco, para después ocuparnos en contemplar la calda del pabellón peninsular en el fuerte del Panecillo, inmediato a Quito, en tanto que con soberanas irradiaciones libertadoras se mecía en suaves ondulaciones en la cumbre del Pichincha la bandera inmortalizadora de la redención de América, pues como apuntan las memorias de López: "Los ecuatorianos no podrán olvidar jamás que en esa cumbre inmortal... tres mil bravos del Perú y Colombia destrozaron para siempre las cadenas que los oprimían, reconstituyendo su patria y restituyéndoles el goce de su libertad perdida hacia tres siglos".

Las conferencias de esta índole en el método moderno de la monografía, ofrecen en suma estimación los documentos de carácter íntimo. No os hago relaciones concatenadas, como si tratara de estudios de carácter militar, pues solamente me he propuesto, para no hacer monótona esta consagración a la glo-

riosa fecha, cuyo primer centenario celebramos, citaros algunos pasajes de cartas y documentos relacionados con el hecho central en cuya formación para la historia tuvieron parte con el Mariscal de Ayacucho, porque rindieron sus vidas en la lidia, Juan José Escalante, natural de Yarumal, coronel, el teniente bogotano José Ibarra, su paisano el subteniente Miguel Mendoza con su consanguíneo Gabriel Mendoza, el teniente Leonardo Molina, de Cartago, el teniente Fernando Molina, de Apicalá, el teniente José María Paiva, de Ubaté, el capitán y rumaleño Fernando Soto, el sargento Siervo Támara, de Natagaima, el bravo cucucano, teniente Abdón Calderón, cuyo valor adelante os contaré, y los guapos capitanes Cabal, Castro y Alzuru con los subtenientes Borrero y Arango, con otros ciento setenta y cinco más, creadores de una epopeya, plasmadores con su sangre de una Patria.

El monte volcánico Pichincha está situado al Oeste de Quito; en su formación entran varios cerros alineados de surcosse a noroeste, de los cuales hay dos muy célebres:

a) Guagua-Pichincha, especie de cono truncado que tiene en la cimera más alta de su cráter cuatro mil setecientos ochenta y siete metros de elevación y setecientos setenta metros de profundidad al cráter; y

b) Rucu-Pichincha, situado al norte del anterior, que tiene cuatro mil setecientos treinta y siete metros de altura; es un volcán extinguido completamente. Entre estos dos colosos andinos hay como interlineados algunos otros varios cerros, tales como el Paguampa, el Padre-Encantado y el Ladrillo, de cuatro mil quinientos y cuatro mil seiscientos metros de altura. Con una elevación de cuatro mil noventa metros, al noreste del cerro Rucu-Pichincha se yergue el Cunturguanchana.

La base de estos cerros es el macizo común de la Cordillera. A la perspectiva el volcán enorme de Pichincha se presenta como a la manera de un jomo ancho, surcado por quebradas que tienen diferentes y caprichosas asiribaciones.

La historia de este famoso volcán, o la conjugación de su pretérito, es memorable por sus erupciones. Se recuerda una copiosa del 17 y 18 de octubre de 1566; otra el 16 de noviembre del mismo año, y otras dos de 8 de septiembre de 1575 y 14 de julio de 1582. El Pichincha quedóse como dormido hasta el 27 de octubre de 1660, fecha de la más espantosa y aterradora erupción, pues ni las anteriores, ni la última, en 1831, llegaron a las proporciones de aquella, considerada como una verdadera catástrofe.

El cráter del Pichincha, según dicen los que saben de la materia, se halla en el estado de sofía; tiene exhalaciones acuosas y en las erupciones ha arrojado ceniza, lava, arena, piedra pómez y andesita.

El primer explorador europeo del Pichincha, después de la erupción de 1582, fue Toribio de Ortiguera, a quien imitó en 1802, el sabio Humbolt. Por vez primera llegaron a bajar al profundo cráter en 1815, Wisse y García Moreno, y en 1870 los doctores Reiss y Stübel.

En las escarpas y sinuosidades de este volcán, en sus replegadas faldas y en sus contornos, se desarrolló la batalla del 24 de mayo de 1822, que abrió el camino para la campaña del Perú.

La Provincia de Pichincha, cuya capital es Quito, está situada a la parte septentrional de la República del Ecuador y entre las provincias de Imbabura y Esmeraldas; se extiende entre la hoya interandina de Quito, es montañosa, con pocas llanuras. Por el oeste se prolonga hasta la confluencia del río Peripa con el Doule.

Hecha esta necesaria descripción de la topografía de Pichincha, en los aspectos que dan realce a nuestro intento, volvamos hacia el lado de acá del volcán Galeras, para saludar a los brvos sobrevivientes de Cariacó, unidades definidoras del éxito de Sucre y de la capitulación de Pasto, el 8 de junio de 1822.

II

Destrozadas las tropas insurgentes de manera tan sangrienta y trágica en Cariaco, el Libertador vióse en la ineludible necesidad de buscar medios de reforzarlas. Desde el campo de operaciones de la hacienda de Bomboná proveyó para que el general Barreto con el coronel Juan Paz del Castillo se pusieran en marcha, debidamente escoltados de un escuadrón de caballería, a causa de los guerrillecos del Patía, hacia Popayán, en busca de tropas de refuerzo ya pedidas y muy esperadas. En el Trapiche (hoy Bolívar), estuvo tomando un tanto de reposo de tan rudas faenas el Libertador; fue allí donde él redactó su famosa intimación de 23 de mayo, a don Basilio García, de la cual fue portador el insigne prócer del clero, Presbítero doctor don Belisario Gómez, como comisionado del Padre de la Patria, intimación que dio por resultado las capitulaciones estipuladas en Berruecos el 6 de junio y ratificadas en Pasto dos días después, cuando ya Bolívar había plantado en la rebelde ciudad su cuartel general, después, como se ha expuesto, de haber repasado las frementes y temidas corrientes del Juanambú. Si don Basilio se mostró como fino estratega en las comunicaciones que envió a Bolívar, éste mostróle una vez más cómo no daba espera a la consulta con el Presidente don Melchor Aymerich, y cómo sólo exigía perentoriamente una capitulación decorosa, que aceptó el gallardo jefe español. No hay que olvidar aquellas vibra-

doras frases de la Proclama de Bolívar, desde el cuartel libertador de Berruecos:

¡Soldados españoles! La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias: Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, SED COLOMBIANOS; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa".

Palabras engendradoras éas del inmortal caraqueño, surcadas ágiles que abrieron en la formación espiritual de un pueblo de alma ciega, horizontes anchísimos de vida y de amor a la emancipación política democrática, para fundirlo a pesar de su semipasividad resistente, en el crisol del derecho colombiano.

Cuando don Basilio pretendía comunicarse con Quito, ya los sucesos estaban definidos de manera desfavorable para los intereses españoles, pues antes de la capitulación de Berruecos, ratificada en Pasto, ya se había concluido la de Quito y el Presidente Aymerich era prisionero de Sucre.

He bautizado con el sustantivo adjetivado de engendradoras, las postreras frases de la proclama citada del Libertador. Os expongo un comprobante tan simpático como sugestivo y de carácter trascendente que delinea curvas del genio de Bolívar, y sirve de demostrativo para el estudio completo del ideal político de este genio.

El Presbítero don Félix Liñán y Haro se presentó al Libertador, cerca a Pasto, para entregarle unos pliegos del Obispo de Popayán don Salvador Jiménez, en los cuales pedía se le concediera pasaporte para retirarse a España. Eso ocurría momentos antes de la entrada del Libertador en la ciudad. Bien comprendía Bolívar lo que representaba, en aquella delicada emergencia y en un pueblo

creyente la persona de un Obispo. Para la tesis defensiva de la religiosidad de Bolívar acaso no sería concluyente prueba su famosa carta-respuesta al Obispo Jiménez, por lo que luego añadiremos; pero si lo es para pintarlo como hombre de olfato político delicadísimo y perceptor.

El Prelado español se convirtió en defensor de la República. En un pasaje de la carta-respuesta del 10 de junio, decía Bolívar:

"Un guerrero generoso, atrevido, temerario, es el contraste más elocuente con un pastor de almas.... Yo me ATREVO a pensar que vuestra señoría ilustrísima, lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ellos abandonando la iglesia que el cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la vida del Señor.... No creo que vuestra señoría ilustrísima pueda hacerse sordo al balido de aquellas ovejas afligidas, y a la voz del Gobierno de Colombia, que suplica a vuestra señoría ilustrísima que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo"....

El Obispo Jiménez, en carta de 4 de julio, al General Santander, escribió una página interesantísima para este proceso de los factores genéticos de los resultados de la capitulación de Pasto, página que, por otro aspecto, estereotipa la honradez católica del insigne sucesor del Ilustrísimo Señor Velarde y Bustamante en la sede pastense. Oigámoslo:

"He sido constante en defender los derechos de mi Nación hasta el término que señaló la Divina Providencia, pero al mismo tiempo cuando comprendí que en él contribuía yo a una infructuosa y criminal resistencia y podría echar un borrón a mi honrado proceder, me glorio el haber sido yo también el que puse término a las disen-

siones de Pasto haciéndole conocer a aquellos habitantes, SOBRE CUYOS SENTIMIENTOS TENIA LA MAYOR INFLUENCIA, la obligación en que estaban de admitir la honrosa y generosa capitulación que nos ofreció la bondad sin límites del Excelentísimo señor Presidente Libertador, evitando por este medio la infructuosa efusión de sangre de que hubiera sido responsable ante Dios y los hombres". Al terminar agregaba que sólo los intereses de la Religión lo habían determinado a sujetarse de buena fe al Gobierno de Colombia.

En otra carta a Santander, fechada en Popayán el 22 de agosto, decía el Obispo lo siguiente, especie de ratificación en su conversión política: "Puede V. E. vivir seguro de que seré un Obispo perfectamente colombiano, decidido a sostener la unión y la prosperidad de la República a que ya pertenezco".

Para completar este sucinto estudio de lo ocurrido como resultante de la capitulación de Pasto, escuchemos con respeto y fruición una parrafada de Bolívar a Santander, tomada de su carta de 9 de junio:

"Había pensado no escribir a usted sino de Pasto, o del otro mundo si las plumas no se quemaban; pero estando en Pasto tomo la pluma y escribo lleno de gozo, por que a la verdad hemos terminado la guerra con los españoles y asegurado para siempre la suerte de la República. En primer lugar la capitulación de Pasto es una obra extraordinariamente afortunada para nosotros, porque estos hombres son los más tenaces, más obstinados y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se puede dar un paso sin derrocar. Cada posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros, pues habiéndoles leído públicamente aquí mi terrible intimación, exclamaban que pasaran

sobre sus cadáveres: que los españoles los vendían, y que preferían morir a ceder. Esto lo sé hasta por los mismos soldados nuestros que estaban aquí enfermos. Al Obispo le hicieron tiros porque aconsejaba la capitulación. El coronel García tuvo que largarse de la ciudad huyendo de igual persecución. Nuestra división está aquí y no hace una hora que me ha pedido una guardia de Colombia por temor de los pastusos. Hasta los niños con la mayor candidez, dicen: que qué han de hacer pero que ya son colombianitos. En este instante me lo está diciendo una niña, pero con mucha gracia".

Antes ofrecimos algo referente a la tesis de la religiosidad de Bolívar. Quién sabe qué le diría Santander, que andaba muy encompadrado con el Obispo Jiménez, que el Libertador, tal vez en esos instantes estaría con sus mostazas, en carta fechada en Guayaquil el 29 de agosto, decía lo siguiente: "Ya he dicho a usted que nada me importa el Obispo de Popayán", frase parecidísima a otra de unar carta al mismo Santander, de 3 de agosto, en que decía lo mismo del Obispo de Quito, con quien había entonces un lío de peleas de ambos clerós, que llegaron hasta amenazar a Sucre que ejercerían las funciones episcopales, si no hacía dimitir al Prelado, de quien en la antes citada carta al mismo Santander, fuertemente se quejaba el Obispo Jiménez.

Dejemos esta facetas y veamos ahora otro punto no menos interesante.

III

Bolívar quiso, de Cariaco, tomar el camino de Yacuanquer, para seguir a Quito después de la sangrienta jornada del 7 de abril, proyecto que fracasó, ya por la situación de los heridos, ya por la circunstancia de no experto conocedor del terreno,

ya por informes que recibí adversos a sus planes, por lo cual, después de todo, pasó al Peñol, luego a Mercaderes, y después al Trapiche, como se ha venido exponiendo. Desde el campo de Cariaco escribió al coronel Jacinto Lara, quien debía conducir las tropas pedidas al Vicepresidente Santander, las cuales llegaron a Popayán antes del 15 de abril, al mando del coronel Vicente González; en tal fecha firmaba Bolívar el despacho a Lara. Como no obtuvo después de veintiocho días noticia alguna de Sucre, envió por Buenaventura al coronel Daniel Florencio O'Leary, a fin de que informara de sus operaciones al vencedor en Pichincha. A fines del mes de mayo regresaron de Popayán los comisionados de Bolívar, Jesús Barreto y Juan Paz del Castillo, acompañados el coronel Jacinto Lara con la columna de mil ochocientos hombres que condujo de la Capital, González.

El 26 de mayo marchó el Libertador para Pasto, con las tropas reforzadas; ya se expuso la intimación que redactó para don Basilio García. Los coronales Vicente González y José Gabriel Pérez fueron en comisión delegados por Bolívar para la capitulación; de parte del jefe realista, fueron comisionados los coronales Pantaleón Fierro y Miguel Retamal. Así como la comisión de Bolívar estaba integrada por el Presbítero Domingo Belisario Gómez, la de don Basilio lo estuvo por el citado Secretario del Obispo, Presbítero Félix Li-

ñán y Haro.

Firmadas las capitulaciones en el cuartel de Berruecos, se adelantó Bolívar con ochocientos de lo más selecto de la tropa, dejando al Gral. Salóm para que siguiese a retaguardia. Precisamente la tropa en el paso del Juanambú estuvo en el sitio en donde Nariño sufrió la memorable derrota.

González, al día siguiente de la entrada en Pasto, escribía en una carta a Santander, estas frases: "A las tres de la tarde de ayer entramos en esta plaza cuyo pueblo ha hecho manifestaciones como si siempre hubiera sido patriota, y proporcionalmente a la miseria y poca presunción de estos señores nos ha espantado la variación de sus maldades. S. E. fue conducido directamente a la iglesia en donde lo esperaba el Obispo y cleerías; de la puerta fue conducido bajo palio y se cantó en seguida un solemne TE DEUM".

En aquella ocasión fue memorableísima la acción con que don Basilio rindió las armas con estas sentidas expresiones: "Excelentísimo señor: esta espada y este bastón que el Rey me había confiado para la defensa de sus derechos, lo rindo gustoso a V. E. en virtud de nuestro convenio y como vencedor".

A todo, para describir el estado de la conciencia de los pastusos, añadía en la aludida carta, el coronel González: "Está hecho el demonio Pasto con la entrada de S. E.; hay un bochinche y una novedad terrible, pero nos tienen más miedo que a los diablos".

Bolívar en carta a Santander,

fecha también al día siguiente de la capitulación, decía: "El coronel García se va con algunos jefes y oficiales hasta trece, y algunos soldados y cabos hasta quince; todo lo demás se queda con nosotros. Este señor se ha portado muy bien en esta última circunstancia y le debemos gratitud porque Pasto era un sepulcro NATO para todas nuestras tropas. Yo estaba desesperado de triunfar y sólo por honor he vuelto a esta campaña. Tenga usted entendido que mi intimación fue lo que produjo el efecto, PUES AQUI no se sabía ni se podía saber nada de la batalla de Sucre, ni se ha sabido hasta el primero".

Dispuestas todas las cosas, Bolívar ya sólo pensó, como en seguida lo hizo, en marcharse a Quito. Su plan militar estaba bien combinado. En la misma carta decía: "Yo vuelvo a Quito a ver si los bochinches del sur cesan. Lo peor es que tengo una fuerte inclinación a no dejar que se burle de Colombia, porque es muy duro ceder después de triunfar". Palabras reveladoras.

Luego terminaba, presentando todo su plan: "Yo pasaré al sur con las tropas con el objeto de pacificar aquello y tener la entrevista con Sanmartín. Su pongo que en esta marcha militar no perderé nada, al contrario, redondearé a Colombia, según son mis deseos y deben ser las probabilidades; porque usted sabe que Guayaquil no es Cartagena que se defiende con sus murallas y porque, además, yo empleo más la poli-

tica que la fuerza en las sorpresas de esta naturaleza".

Tales expresiones de junio de 1822, confirman las palabras del programa militar del inmortal Libertador en su famosa proclama cuando anunció en 1821, desde Cúcuta, su plan de liberación al sur. Y sirven para defenderlo de los ataques de la crítica de los técnicos adocenados, que quieren someter a molde para dirigir militarmente batallas gloriosas, a los genios domadores que no tienen maestros, porque ellos son creadores de la técnica de la osadía.

Después de la espantosa hecatombe en que cayeron despiadadamente asesinados, al furor de los zambos de Lima, enviados como tropa reconquistadora por el Virrey del Perú, a Quito, en 1810, los egregios revolucionarios patriotas Quiroga, Salinas y Morales, si bien su sangre fue vengada con la trágica muerte del malvado Fuentes, y la de Ruiz de Castilla, Quito pasó del breve periodo de independencia, al de una paz anómala, que la crítica de los hechos debe calificar, de cautiverio abochornante. El eminente Prelado caleño, honor del Cauca, doctor don José de Cuerdo y Cayzedo, verdadero tipo del patriota tan desfavorablemente estudiado por la pluma uttralista del historiador Torrente, fue quien acompañado del clero logró llevar serenidad a los ánimos después de las matanzas de 1810.

Humeantes y como hacinaciones de escombros, las conciencias de los criollos quedaron en espera de otra hora de redención. Algo largo de más de ocho años transcurrieron sin que para ese pueblo se presentara la ocasión de una intentona de independencia y libertad. Como los volcanes de sus cordilleras, un penacho de esperanza levan-

taban para significar el peligro de la erupción, porque la idea de emancipación no había muerto encharcada en la sangre de los invictos sacrificados.

El Rey sufrió equivocación en destinar al hijo del Marqués de Selva Alegre, don Carlos Montúfar, para pacificador entonces, pues ese probó simpatizaba con la revolución como lo demostró con subir al banquillo de los clasificados como traidores al Rey.

Guayaquil en 1820, se decidió con ánimo arrojado, con osadía de revaluación emancipante, sonrojo para los tímidos, hilo de vida para quienes querían Patria y una consagración de su verdadera hombría que les devolviera la toga de una integridad para cubrir la desnudez de la carencia de derechos como integrantes de una sociedad civil que debía organizarse con conciencias y no con armadurms de servilismo anonadante, borrador ofensivo de la imagen de Dios, y dissipador del soplo inspirante de la vitalidad espiritual.

Bolívar desde el Norte de Colombia ofreció a Guayaquil el brazo constructor para la liberación. El pueblo, aunque por ciertos determinantes de interés, de convivencia y por modalidades, no éticas, ni propiamente de raza, sino de comunión y amor, forcejeó por no rendirse a la anexión a Colombia, almo pensamiento del Gran Libertador, pero aceptó el apoyo de la fuerza que era como someter la cerviz, pues en la formación del derecho de los pueblos, es un factor subyugante de posesión la eficacia de las armas de quien se ofrece ir al combate resuelto a vencer o morir por conseguir libertad o abrir puertas al oprimido. Bien sabemos que Sucre fue el destinado por Bolívar para emisario preparador de la efectividad político-geográfica del gran pensamiento marcador de fronteras

del creador de nuestras Repúblicas. Sucre era como una cohesión política y militar de Bolívar, pues a su escuela pertenecía y hasta en su alma como que se destacaban eminencias de estadista y político capacisimas para gobernar a pueblos levantiscos indómitos, casi indeterminados para comprender la realza sustantiva, ética y jurídica de la transición de un régimen envejecido a otro de concepción superior, aunque peligroso por la ductilidad de sus fórmulas, más que por razones intrínsecas, por la ignorancia e incompreensión de los que se sometían a su acción reguladora.

Sucre celebró el célebre tratado de Babahoyo, página sugestiva de derecho concordatario, de noventa días de armisticio, del cual resultó la retirada de Tobrá a Riobamba y la reposición de Sucre después de la desastrosa acción en los arenales de Guachi; era trampa jurídica para someter a la parte que lo aceptaba con palabra de asegurar amistad del territorio. El Coronel López puso a peligro aquel avance por causa de su deslealtad e infame conducta traidora. A esto se agregó luego la invasión de tres mil soldados que Aymerich envió para rendir a Guayaquil, aunque la pericia militar de Sucre impidió, con menos de mil seiscientos hombres, la funesta realización de los planes de los invasores. Habilísimo estratega, supo maniobrar y debilitar tropas, dividiéndolas, pues venció a las columnas realistas que de Cuenca se movían a Guayaquil, y a la vez obligó a la retirada a las tropas que con igual dirección y objeto salieron de Guaranda.

Córdoba había llegado a Guayaquil a principios de abril, con una división, desde Panamá; otra entró por Buenaventura, al mando del Coronel Castro, según decía Carreño a Santander, en carta fechada en Panamá el 30 de abril, en la cual decía del Perú, que era una repú-

blica que no tenía olor, color ni sabor.

Sucre se estacionó en Cuenca, después de lo que se expuso, aguardando que las tropas del Libertador avanzaran y que llegaran las que comandaba el entonces intrépido Coronel, siempre gallardo, José María Córdoba.

Ya había determinado en firme dirigir la marcha hacia Quito, cuando se presentó a desconcertarle el plan de operaciones una nefanda tentación proditoria que asedió el ánimo del General San Martín, pues resolvió hacer guerra a Colombia por la exigencia que a Guayaquil, de anexarse a Colombia hizo Bolívar. Al efecto, San Martín ofició al General Santander, quien avisó a Sucre del retiro de las tropas que el gobierno protectoral tenía para la campaña que dirigía el próximo vencedor en Pichincha. Así decía: "que había recibido órdenes terminantes de su gobierno para regresar a Piura y desde allí a Lima, que se hallaba amenazada por los Generales españoles Laserna y Ramírez. Así que la salud de la Patria exigía que partiera sin tardanza, hacia donde lo llamaba un deber imperioso."

Hubo, por causa de exigir San tacruz la reunión de la División peruana para marcharse, fuertes y serias diferencias entre los dos Jefes, si bien hay que confesar, con dulce fruición, que la diplomacia y el tino de Sucre, condujeron a buen término el asunto, porque consiguió promesa de Santacruz, de esperar. En el intervalo de la espera llegó, para fortuna de la causa americana, un revocatoria de San Martín, quien había desistido de su propósito.

Otra circunstancia favorable para la guerra insurgente, fue la inesperada muerte del hidalgo General Mourgeón, ocurrida en Quito el 3 de abril, a consecuencia de un golpe recibido en una caída de a caballo y acelerada, si hemos de creer a quien así

lo afirma, por el hondo pesar que recibió por la entrega de las fragatas "Prueba" y "Venganza" y la corbeta "Alejandro."

El Gobernador don José Concha había organizado en Cali una columna que salió para Buenaventura al mando del Comandante Varela, quien por falta de embarcaciones y por el revés que sufrió Sucre en Guachi, por entonces nada pudo hacer, aun que después, el 8 de mayo, batió en Tumaco a los españoles, para ocupar a Barbacoas y después a Esmeraldas, hasta dejar sin enemigos aquella parte de la costa del Pacífico.

Sucre había organizado en las Provincias de Guayaquil un ejército, insuficiente, por lo cual, hubo de reclamar el Batallón "Numancia", como dice Blanco Fombona, el mejor batallón realista, convertido por los insurgentes de Lima, y al General San Martín, a insurgente; aunque O'Leary asegura que se pasó a las filas colombianas cuando San Martín desembarcó en la costa al norte de Lima. Era de unidades en su totalidad de barineses y barquisemetanos. San Martín no accedió al reclamo, pues envió 1.100 hombres de la División de Piura, a las órdenes del Coronel Andrés Santa cruz. La División ésta se unió en Saraguro, el 19 de febrero, con los batallones "Albión," "Pava" y "Guachi."

Bolívar había marcado a Sucre el cuadro de operaciones que debía desarrollar en aquella campaña. A principios de abril marchó sobre Quito; a mitad del mes se concentró en Añast, después de haber franqueado el macizo de la cordillera del Azuay. Teniendo por formidable centinela al Chimborazo, después de una carga de caballería bizarra, tremenda y desfogadora, en que hubo gajos de laureles para los "Dragones de Colombia" y los "Granaderos del Río de la Plata". Sucre in vitro ocupó a Riobamba, de donde salió el día 28 con dirección

a Latacunga, en donde entró el 2 de mayo. Allí recibió el refuerzo de Panamá; los 800 hombres que habían salido, en la marcha hasta el cuartel general, sufrieron tantas bajas, que el cuerpo llegó a quedar reducido a las dos terceras partes.

Sucre mismo narra lo que hizo, ya reforzado: "Los españoles—dice—estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fue necesario excusarlos haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo, y moviéndonos el 13, llegamos el 17 a los valles de Chillo, cuatro leguas de la capital, habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación y ocupó a Quito el mismo día 16 en la noche".

El ejército libertador manióbró hábilmente, en la colina de Puengast, a pesar de lo difícil todo de su acceso, hasta pasar la para ir a situarse en la llanura de Turubamba, que forma el ejido sur de Quito. Los realistas no aceptaron batalla en ese campo, lo cual obligó a las tropas de Sucre a colocarse en Chi Bogallo, distante más o menos del lugar del enemigo, algo como una milla. Así pasaban los acontecimientos de la campaña hasta el 21 de mayo. En los dos días siguientes, Sucre nuevamente intentó provocar un combate hacia el ejido sur de Quito, pero las tropas realistas que ocupaban posiciones reforzadas e impenetrables, no quisieron presentar armas al combate, lo cual hizo determinar a Sucre a adoptar otro plan. El 23 en la noche comenzaron a pasarse al ejido norte de la ciudad con el fin de tomar posiciones más ventajosas y de cortar comunicaciones entre Quito y Pasto. Córdoba se adelantó con el batallón "Magdalena", aunque lo es cebrosó de la ruta demoró la marcha.

El ejército libertador estaba integrado por dos divisiones: la

que casi vuelve a Piura, al mando del coronel Andrés Santacruz, división compuesta del batallón número 40., de "Piura", número ocho (8) "Trujillo" y un escuadrón de granaderos montados, de Buenos Aires, armados, como anoté en sus recuerdos López, de "sables, granadas de mano y las bolas que usan los gauchos en sus pampas" y que sabían manejar con la mayor destreza. La otra división, a las órdenes del bravo y arrojado general José Miras, estaba integrada por los batallones "Paya", "Yaguachi", "Alto Magdalena" y "Albión", y por los dos renombrados escuadrones, "Dragones" y "Lanceros", armados de lanzas y carabinas.

La antevíspera del combate las fuerzas libertadoras, ya muy entrada la noche, por noticias que tuvieron de que los realistas se preparaban a envolverlos con un hábil flanqueo, hicieron una retirada falsa y se colocaron precisamente un poco más adelante del punto por donde los enemigos querían sorprender y cortar el paso a los indómitos insurgentes. Al amanecer volvieron a sus posiciones éstos.

Ya Sucre determinó variar y determinó pasarse con las tropas al ejido de Añaquito, en la parte norte de la ciudad, pues ese lado presentaba mayores facilidades para el ataque, aunque el tránsito de ejido a ejido era dificultoso, pues por el flanco derecho de las tropas insurgentes era necesario destruir todos los paredones de las estancias y atravesar dos ríos sin puentes, además de que todo ese movimiento arriesgado quedaba a la vista del enemigo. Por el flanco izquierdo quedaba la enhiesta cimera del Pichincha con sus protuberancias que no eran suaves rampas de descenso de la altura al llano: no había camino, sino una mal trocha de vereda, hasta inadecuada para el tránsito de bestias. Sucre

optó para su plan el flanco izquierdo; no vaciló y al efecto envió un grupo de indios, noveles zapadores de recia confitura, con herramientas, a abrir siquiera medio paso al parque y a la caballería. Del ejido no se podía penetrar a la ciudad sino por dos caminos: o el del camellón, que estaba suficientemente defendido por los parapetos de los paredones de las estancias, y encarrilar las tropas por ese desfiladero era poner la mies al filo de la hoz o el de la izquierda por el Panecillo, fortificación dotada de baterías y desde la cual se divisaba toda la ciudad.

Al ánimo de aquellos valientes ascender a la cumbre del soberano vigia de la ciudad de Atahualpa, no era un paso de Termópilas, era una satisfacción lograda de lanzar a los vientos el grito anunciador del ocaso de un régimen opresor, grito salido de la garganta de los que habían subido al patíbulo en los trágicos días, que se contaron como siglos de adolorida y convulsa agonía, de 1816 a 1819, cuando realizó la libertad esa odisea que no cantó Homero, más sublime y épica, por que no era Ulises quien regresaba a su reino de Ítaca, después de la toma de Troya, sino la libertad perseguida en los esterios y en las llanuras y en las abruptas selvas y cabe los peñascales de los océanos, a la sede de su derecho constituido sobre plintos labrados por huirles mojados en sangres altivas, generosas, cuyas hemáticas crecieron esa circulación vital, que fue para el adversario lago donde naufragó para siempre un cetro y una dominación tres veces secular...

La mañana del 24 de mayo de 1822 se presentó despejada, diáfana, presagiadora de una jornada gloriosa. A las ocho ya la vanguardia del ejército libertador había coronado las alturas y allí esperó la llegada del par

que defendido por el batallón Albión. La marcha se hizo por detrás de las colinas bajas del Pichincha para ocultar al enemigo el movimiento. Al presentarse el sol, cuorime fue la sorpresa de los realistas que no se causaban de mirar a Chillogallo desocupado de las tropas de Sucre, las que al parecer de ellos habían dormido allí, pues nunca sospecharon que osarían abrirse camino por las faldas del Pichincha.

Los coroneles realistas Tolrá y López, una vez cerciorados de la situación de las tropas de Sucre, bravios se lanzaron con las suyas a aniquilar la causa de América resueltos a despeñarla, aunque eso fuera, por los 770 metros abajo del cráter del dormido volcán! Tarde fue hecho tan altivo gesto: ya reposadas estaban las tropas de la fatigante marcha de la noche precedente. El jefe del Estado Mayor, coronel Antonio Morales dio el grito de alarma, y en un momento ocuparon la cumbre de la loma la compañía de cazadores de Paya y otra de la división del batallón de Piura. El abanderado López, dice en sus "recuerdos históricos", que "al divisar la ciudad dieron un grito de alegría vitoreando a la patria".

Los cazadores de Paya bajaron a atacar el enemigo que ya se les acercaba: a tiro de fusil se rompieron los fuegos, en los momentos mismos en que los dos batallones cuarto y octavo del "Perú" tomaban el ala derecha para batir a una parte de la tropa enemiga a apoderarse de una altura pequeña sobre la altura. Los tiradores fueron reforzados por el centro, en tanto que también se presentaba a la línea de batalla el batallón "Yaguachi". El "Albión" con el parque aun no había llegado en aquellos supremos instantes; el "Paya" estaba de reserva, y el "Alto Magdalena", a las órdenes del intrépido Córdoba, llenaba el ala izquierda. O'Leary voló a empujar y pre-

cipitar las marchas del parque custodiado por los firmes del "Albión". Al encontrarse los realistas con las tropas del Perú, fueron arrolladas por éstas, si bien en el descenso más de una vez consiguieron posiciones ventajosas. El "Yaguachi" y los tiradores las desalojaron en el centro de la línea, aunque las unidades del "Aragón" las colocaron en pie de resistencia.

Oigamos al mismo Córdoba, tomando sus palabras de una carta que escribió a Santander el 20 de junio de 1822: "Yo ocupaba una altura de donde bien veía la plaza y vi cuando el enemigo venía; ... Yo bajé de la altura, propuse al general Mires el movimiento por nuestro flanco izquierdo y lo adopté, lo ejecuté y sirvió mucho, pues llamó la atención de un cuerpo enemigo, pero ni éste podía venir hacia mí, ni yo seguir donde él; observando yo el combate obstinado y que nuestros cuerpos retrocedían, volé con mi columna a hacer una reserva; así fue que, cuando ya el enemigo coronaba la altura, y sólo sostenían el fuego dos compañías de "Albión", parte de "Paya" y soldados dispersos de los demás cuerpos, yo ya había formado y aguardaba orden de cargar; se me dio cargo, hice huir al enemigo". Eso dice Córdoba, pero se calla muchas glorias de charreteras, bayonetas y fusil.

Las divisiones del cuarto y del octavo vacías de municiones por la demora del parque, comenzaron después del medio día a batirse en retirada, lo que estaba dando ventajas al enemigo. cuando llegó el parque y los soldados del Albión se lanzaron al flanco derecho del "Alto Magdalena", ya atacado por una división del "Aragón". Así pudo Córdoba batirse con intrepidez y bizarría, convertida en heroico valor cuando con los cazadores de "Paya", parte del "Yaguachi" y tres compañías

del "Albi6n" fue desalojando al enemigo hasta obligarlo a papelearse en el fuerte del "Panecillo". Mires, echando pie a tierra, bien blandida la espada, a la cabeza del "Paya" se lanzó sobre el enemigo por el ala derecha. López asegura que fue impetuosa la carga, algo arrollador que fue sacando de una a otra posición al contendor, ya aturdimiento y derrotado.

Cuentan que don Melchor Aymerich observaba desde su Palacio el reñido combate y que cuando ya se convenció que las tropas realistas iban a la derrota, dizque le pedía a la mujer que lo ocultara de ese muchachillo de Sucre, aunque fuera de bajo de una artesa!... Como era de valiente don Melchor que ya quería ser amasado como pan en una artesa por medio de un muchacho tan guapo!...

O'Leary fue el comisionado de Sucre para intimar a Aymerich verbalmente la rendición, a fin de evitar la efusión de sangre que costaría la toma del fuerte del Panecillo. Córdoba con Ibarra fue a perseguir al enemigo que tomó dirección hacia Pasto. A las cinco de la tarde el ejército vencedor bajaba de las faldas del Pichincha para pernóctar en el cerro de la Chilena, al norte de la ciudad. "Yo seguí—dice la carta de Córdoba—la misma tarde a encontrar al batallón "Cataluña" que venía de Pasto; lo encontré al siguiente día y capituló conmigo, porque no creyendo la rendición de Aymerich, y no presentándole yo credenciales de papel, le presenté 300 soldados, y su Comandante se entendió conmigo: 180 hombres eran toda su fuerza!! Sucre decía que Córdoba había cargado en la batalla con "denegado admirable".

Los españoles perdieron en Pichincha dos oficiales y cuatrocientos soldados; tuvieron ciento noventa y tres heridos y con ciento sesenta jefes y ofi-

ciales prisioneros con dos mil ciento de la tropa. Pelearon con valor y arrojo y con tenacidad admirable.

Las tropas insurgentes tuvieron doscientos muertos y la de cuatro oficiales, más ciento cuarenta heridos. Uno de ellos fue el capitán huaguano Ignacio Cabal, nacido en el año 1801. Además de los nombrados al comenzar, estuvieron en la batalla de Pichincha, los siguientes caucanos: don Juan de Dios Borrero, caleño, nacido en 1800; don Cipriano Borrero, caleño, nacido en 1797; don José Nicolás Vernaza, que formó hogar en Guayaquil y murió en 1854; don Manuel Antonio Vernaza, caleño, nacido en 1805 y muerto en agosto de 1891; Vicente Mirolta que estuvo en Cariaco, y el valiente don Eusebio Borrero, caleño, nacido en 1790, muerto en 1853 en Kingston, cuya actuación procerca política militar y republicana bien la debéis recordar.

Uno de los héroes inmortales de aquella gloriosa batalla fue el teniente cuencano Abd6n Calder6n, a quien López y otros tienen por guayaquileño, comandante de la tercera división del Yaguachi. Al principio del combate recibió un balazo en el brazo derecho; tomó la espada en la izquierda imperturbable y sereno y her6ico; a poco otra bala le astilla el antebrazo; cae la espada tremente y un sargento la coloca al cinto del intrépido lidiador; en la falda de la loma, un proyectil le partió el muslo izquierdo arriba de la rodilla. Oh! no cae el guerrero ya m6ltiple y truncado y en la ergástula de un intenso martirio; carga y entonces cae, pues otra bala asesina le despedaza por completo la pierna derecha. Conducido en una ruana por sus valientes compañeros a la sala de una casita, expiró al amanecer del 25. Dice la historia que Sucre lo ascendió ya cadáver, a capitán para rendirle los honores póstumos. Boli-

var consagró a ese espartano su hijo de la insurgencia en Pichincha, con un decreto original, honores de perennidad, pues guiso que la tercera división del Yaguachi no tuviera capitán, y que al pasar revista de comisario, se le llamara a lisa como si viviera y que toda la compañía respondiera: "Murió gloriosamente en Pichincha: pero vive en nuestros corazones". Eso era una apoteosis. López pondera lo conmovedoras que eran esas revistas, que así se hicieron hasta 1829.

xxx

Al día siguiente de la batalla se verificó la capitulación. Sucre envió a los coroneles don Andrés Santacruz, jefe de las tropas del Perú, y Antonio Morales, jefe del Estado Mayor de las de Colombia; y don Melchor Aymerich a los coroneles don Francisco González y don Manuel María Martínez de Aparicio. Ocho breves artículos condensaron la famosa capitulación, que fue ratificada por los dos jefes en sus respectivos cuarteles. El fuerte de Panecillo fue entregado, Aymerich en libertad, hubo amnistía general y Sucre ocupó la ciudad, ya cuando la causa de la emancipación era pregonada al sur y al norte, desde el cráter del Pichincha, símbolo divino de las ondulaciones de la bandera colombiana, libertadora de pueblos y consagrada de laureles para los preparadores del gran epinicio de la paz republicana.

xxx

¡Oh!, y cómo ruedan las lágrimas cuando el patriota, al ver a Sucre el inmaculado, el pundonoroso militar, circuido de tan brillante gloria y como sonreído en un tupido bosque de mirtos y laureles, envuelto en la bandera colombiana, y hecho como un arquetipo de probidad militar y política, hace un interrogante sondeador

del oscuro misterio, en seguida de Pichincha, para saber por qué Vicente Azuero con otros fraguó en la capital el horrendo crimen de Berruecos, cuya responsabilidad se ha querido cargar a Florez, para salvar a Obando que tiene la túnica manchada!.....

xxx

Puras, legítimas, aureoladas de campos robados a la victoria, fueron las glorias de los soldados colombianos. En los honores póstumos a los bravos milicianos de la insurgencia, la historia, con un concepto precioso y revaluado de la justicia distributiva, coloca los blasones perennizadores, con detalle de orfebrería, lo mismo sobre la tumba y las cenizas de los héroes eponimos que se yerguen con propia personalidad, que sobre el remanente anónimo del humilde soldado, cuyo pecho sirvió de muralla defensora de los proyectiles enemigos que iban a caer sobre la vida de los generales en jefe.

xxx

Veamos, para concluir, unas páginas de correspondencia íntima, verdaderas pinceladas para revivir, la fisonomía espiritual de aquellos impávidos fanalares de implacable guarda.

Sucre escribió a Santander el 21 de junio de 1822, y no hay un rastro en esa carta—una cosa siquiera, que hable de Pichincha. Esa página es un relieve de la sobriedad del jefe integérrimo.

Bolívar a Santander, el 9 de junio, desde Pasto, hacia un balance curioso, algo sugestivo que deja entrever una como inquietud del Padre de la Patria acerca del reparto de las glorias de Cariaco y de Pichincha.

"Me parece que será muy oportuno el que se haga un preámbulo en la "Gaceta", de nuestras glorias respectivas. Sucre tenía mayor número de tropas que yo, y menor número

de enemigos; el país le era muy favorable por sus habitantes y por la naturaleza del terreno, y nosotros por el contrario, estábamos en el infierno lidiando con los demonios. La victoria de Bomboná es mucho más bella que la de Pichincha. La pérdida de ambos ha sido igual y el carácter de los jefes enemigos muy desigual. El general Sucre, el día de la acción, no sacó más ventajas que yo, y su capitulación no le ha dado mucha más ventaja que a mí, porque a decir verdad, nosotros hemos tomado el baluarte del sur y él se ha cogido la copia de nuestras conquistas".

No deja de ser precipitado Bolívar y un tanto pecador en esta su apreciación. Sin embargo, en la carta a Juan de Escazona, de 21 de junio, decía: "el general Sucre se ha llenado de gloria y se ha hecho adorar de estos pueblos; mandará este inmenso departamento hasta las fronteras del Perú. Tendremos otra Soublette en el Sur, pero con menos ganas de renunciar, sin por eso ser más ambicioso". Ya en parte oficial había escrito Bolívar: "Lo que ha colmado la dicha de las armas colombianas es la victoria alcanzada al pie del volcán de Pichincha, sobre Quito, donde Sucre se ha cubierto de gloria". En la carta a los hermanos Toro, llama a Sucre libertador de Quito. Pero la comparación con Soublette es poco acertada, y aunque Rufino Blanco Fombona, al comentar la carta a los hermanos Toro, dice que Bolívar calla toda la tragedia de Cariaco, como para ensalzar a Sucre, el autor no conoció la famosa carta antes citada a Santander, y en la del mismo Sucre a éste se desvanece el cargo que no hace favor a la probidad del inmortal asesinado, pues él decía: "Creo conseguir que el Libertador se persuada de esta verdad, y que haga mejor elección". Antes había dicho: "ES CON-

TRARIO A MI GENIO GOBERNAR A NADIE".

Vicente González a Santander, en carta de nueve de junio decía, saboreándose con el triunfo: "¡Qué pedazo de gloria se ha mamado el señor Sucre".

Bolívar en la del 21 de junio a Santander habló ya más equitativamente: "El general Sucre, general de División, mandará este Departamento. Está lleno de popularidad; ES LIBERTADOR, y creo que no hay calidad que no tenga para servir bien a la República y mandar los pueblos con agrado".

El Libertador antes de salir de Pasto recibió la noticia del triunfo de Pichincha. Entonces fue cuando profetizó la caída de la única plaza que resistía a la libertad colombiana: "Colombianos!... Regocijaos de pertenecer a una gran familia que ya reposa a la sombra de hosques de laureles y que nada puede desear sino ver acelerar la marcha del tiempo, para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras leyes.

¡Colombianos! Participad del océano de gozo que inunda mi corazón y elevad, en los vuestros, altares al Ejército Libertador, que os ha dado gloria, paz y libertad!"

V

La batalla de Pichincha, cuyo primer centenario hemos conmemorado hoy, tiene significación trascendente, pues forma gloria de carácter internacional, aunque de origen colombiano. Su recuerdo debe hacer vibrar en nuestras almas el amor intemperado a la Patria.

Al ver descender de las cumbres enhiestas al ejido a aquellos lidiadores impertérritos; al medir la superioridad de ese esfuerzo libertario, de génesis política, supremo, soberano, inabarcable en su trayectoria jurídica, con una sola mirada; al rendir pleitesía a los vencedores inclitos, siente el alma hon-

rada del que sabe o quiere saber amar a la Patria, siente vapuladas las mejillas de vergüenza. Nuestro patriotismo después de cien años, todavía tiene pañales y sus engendros no saben balbucir con acento gramático el nombre divino y sagrado de su augusta madre. Sucre en Pichincha y en Berruecos nos interpela con un interrogante desconcertador seguido de infinitos puntos suspensivos!... Esa bandera tricolor, palio irisado del que creó la República en América, por nosotros acaso muchas veces como un guñapo ha sido tenido y hasta el escudo roto, hendido, abollado y con solución de continuidad en el cielo soberbio de su preterita grandeza político nacional, ha sentido los flechazos de nuestras ofensas destrozadoras. Ese Abdón Calderón, el HOMERICO CUENCANO, astilladas las piernas, rotos los brazos, y así, la espada al cinto, convulso, desfallecido, moribundo, dando la mano a la muerte y un ¡hurra! épico y ovacionador al pabellón flotante colombiano en las cumbreras del volcán, a un tiempo, confunde nuestra poquedad, la

falta de generosidad, y condena el sistema inmoral que hemos erigido en código de sanciones, de odiarnos, de recriminarnos y de confundir mezquinamente los intereses de nuestras conveniencias personales, con la inviolable moral de los intereses del Estado en la democracia y de la democracia en el Estado. La moral jurídica y el derecho imperativo de la moral, no son fórmulas de la sociedad civil, son leyes de su vitalidad. Y cómo destrozamos eso y siendo como somos patriotas creyentes, nos olvidamos que la moral pública es de una misma fuente que la individual, si, pues el organismo y dinámica social son un integrado de conciencias libres, orfebres del mérito y sumandos del total de la grandeza de la Patria.

La lección de Pichincha es una página de derecho, de moral y de educación cívica. Apropiémos en asimilación de solidaridad social cristiana esos conceptos, formados en sangre que es vida, en lucha que es progreso, y en orden que es grandeza y honor.

Buga, 24 de mayo de 1922.

